

Cuando el objeto es un sujeto... y todo lo demás

Carles Riba
Universitat de Barcelona

Con los ojos abiertos de par en par, la criatura
ve lo abierto. Pero nuestros ojos están como vueltos
y puestos como cepos en torno a esta salida.

R. M. Rilke, *Octava elegía de Duino*

Introducción y elogio al autor

Ante todo, y al margen de cualquier pronunciamiento a favor o en contra de sus argumentos, un texto como el que nos regala Juan Delgado suscita el agradecimiento. Dentro del concierto académico al que asistimos que surjan notas disonantes —que no desafinadas— alimenta alguna esperanza sobre la salud del discurso intelectual y científico en nuestra disciplina. De no ser por esas notas que se oyen o se leen de vez en cuando yo no esperaría, de la rígida y mediocre partitura, un crescendo emocionante o una apoteosis triunfal, sino más bien ruido, desencanto y un desierto de significados.

No encuentro otro modo de manifestar mi empatía general con el texto que comento que citar una vieja declaración de René Thom, el máximo responsable de la teoría de las catástrofes. En una entrevista el matemático respondía a la pregunta de por qué los científicos de hoy no han construido una nueva filosofía de la naturaleza. He aquí la respuesta:

Excepto unas cuantas excepciones (Poincaré, Schrödinger) esto no se ha producido. La articulación de la tarea investigativa en especializaciones claramente separadas (y a veces en competencia entre sí para obtener financiación pública) y la constitución de una auténtica “casta” de investigadores científicos en quienes los intereses corporativos sofocan con demasiada frecuencia las ambiciones intelectuales, han reprimido desde el

nacimiento cualquier tentativa de pensamiento generalizador. Preocupados por difundir y exaltar ante la opinión pública el mito de la ciencia (sobre todo experimental) como fuente exclusiva de conocimientos, la inmensa mayoría de los científicos se han contentado con una filosofía sumaria, en este momento de corte neopositivista o popperiano, según la cual sólo asertos comprobables o falsificables son científicos... (Thom, 1985, p. 62).

Creo que esta respuesta contiene algunas claves del estado de cosas que describe Delgado (más allá de la psicología) y respecto al cual el “publica o perece” es un síntoma prominente. En el espacio concedido a estos comentarios es imposible detenerse en todas las paradas que el concienzudo viaje de J. Delgado hace a lo largo del texto. Por ello, más allá de mi acuerdo global con la intención de “Psicología en crisis”, de mi reconocimiento del acierto espectacular de algunas de sus dianas e –incluso– de mi personal complacencia ante su heterodoxia estilística y retórica (heterodoxia, desde luego, con respecto a la ortodoxia APA), me limitaré a detenerme en algunos puntos de su recorrido, tratando de completar la ruta allá donde a mi juicio queda desdibujada o proponiendo itinerarios alternativos allá donde me parecen recomendables.

En términos generales, me inclino a considerar el mensaje epistemológico y metodológico de la primera parte de “Psicología en crisis” como una crítica al enfoque positivista efectuada “desde dentro”. Esto equivale a decir que su propósito central no parece ser el de poner en duda los cimientos de la investigación experimental, sino el de emplazar bajo una luz acusadora las incoherencias, contradicciones y atrofias que se han ido haciendo patentes cuando el modelo de las ciencias naturales ha sido aplicado a la construcción del edificio disciplinar de la psicología. Pero, para Delgado, el modelo sigue siendo, globalmente, el de las ciencias naturales.

En una segunda parte el autor dedica su esfuerzo a señalar cómo la penuria científica e intelectual derivada de ese fracaso ha repercutido (junto a otros factores, sin duda) en el trabajo universitario, rebajando la creatividad, la originalidad y, en definitiva, la calidad de la investigación y de la producción de conocimiento. Yo me centraré en lo que he llamado primera parte. Por lo que hace al diagnóstico y a la sintomatología descrita en el último tramo del texto mi acuerdo, como ya dije, es casi total, matices aparte. Pero sobre el escenario en el que se generan estas patologías del “publica o perece”, o del cuestionario que sirve para comprobar hipótesis, me arriesgaré a hacer algunas observaciones complementarias. Y lo haré sobre dos núcleos temáticos: el de la medida y el del diseño experimental.

La medida

En lo que hace al tema de la medida, la crítica de Delgado a la concepción de Stevens se queda, a mi modo de ver, algo corta o en un plano demasiado genérico. En este terreno la munición más potente contra los enfoques oficiales ya se empleó en los años setenta y ochenta del siglo XX por parte de neocon-

ductistas, por un lado, y algunos practicantes de las metodologías observacionales, por otro. Y ésas fueron también críticas desde dentro del positivismo. Bajo tales ópticas lo más sorprendente de la concepción de Stevens no es la definición general de la que parte («asignar numerales a objetos»), sino el trasfondo sobre la que aquélla se emite en lo que hace a la variabilidad y al error. Este marco de referencia acaba concretándose en un tipo de medida que algunos han llamado *vaganótica* y que busca la invariancia a partir del registro de la variabilidad en vez de proceder al revés, como procede la medida *idemnótica* o propia de las ciencias naturales, partiendo de la invariancia de unidades patrón para, gracias a ellas, poder registrar la variabilidad (véase Johnston y Pennypacker, 1980; Cone, 1981). El enfoque vaganótico va asociado, por supuesto, a los constructos y los rasgos constantes propugnados por la psicometría clásica y es, también, inseparable del concepto de error aleatorio en las diferencias o sucesivas aplicaciones de un instrumento de medida (léase test). Mientras que un físico, cuando mide la longitud de una barra metálica, acepta que la medición pueda rendir valores distintos en diferentes momentos (motivados por la contracción o la dilatación debida a los cambios térmicos), mientras que un etólogo admite sin vacilar que en dos sesiones distintas un mismo grupo de monos pueda dar niveles distintos de alguna actividad (por modificaciones de la situación o de su estado interno), en cambio muchos psicólogos han estado durante décadas convencidos de que dos aplicaciones de un test a un mismo sujeto deben dar idealmente la misma puntuación (tanto si el sujeto padece jaqueca uno de los días y el otro no; tanto si son las ocho de la mañana o de la tarde), y que la variación alrededor de esta última es cosa del azar (Fassnacht, 1982).

Una psicología científica de corte positivista, ¿no debería defender una medida como la de las ciencias naturales, una medida en la que el error del instrumento o del observador no se confundiera con la bendita variabilidad de los fenómenos? Naturalmente, ésa es una cuestión de coherencia y, cuando se pone de manifiesto que no es así, la contradicción resulta flagrante. Pero éste es un punto que ha levantado ampollas, especialmente en nuestro estado y en el mundo anglosajón, quizá porque en uno y otro, con diferentes historias y circunstancias, el árbol de la psicología tiene viejas y hondas raíces psicométricas. Sólo bajo esta luz puede entenderse que severas admoniciones como las de Roger Barker en algunos textos antológicos (por ejemplo, 1968) hayan caído en saco roto. Su mensaje podría condensarse en lo siguiente: en sus inicios la psicología se saltó casi completamente la fase descriptiva y clasificatoria que toda ciencia debe atravesar, dedicándose temerariamente desde su más tierna infancia a (tratar de) medir y validar constructos mentales, de personalidad, etc. Para entendernos, la situación equivaldría a la de una astronomía copernicana que se hubiera lanzado, por no se sabe qué exigencias sociales o culturales, a estudiar los agujeros negros antes que a fijar las órbitas heliocéntricas, o a la de una física que se hubiera puesto a descubrir quarks antes de haber establecido el sistema periódico. Por cierto: Barker era discípulo de Lewin y su crítica, una vez más, se mantuvo dentro de los presupuestos del positivismo.

Donde mejor vive y medra un constructo es en una teoría, de modo que es paradójico que hayan existido tantos constructos en una disciplina donde hay tan

poca teoría consolidada. Adivino que, cuando Juan Delgado defiende que detrás de un experimento no tiene por qué haber una teoría, quiere decir precisamente eso y nada más; o sea, que puede haberla, pero que no es estrictamente necesaria y que, por lo tanto, hay que reivindicar la vía inductiva. Estoy de acuerdo también con eso, sobre todo porque no hay otro remedio: hay mucho modelo *ad hoc*, “practicón” en psicología, pero teoría integrada, unificada, yo diría que no la hay; y ya se sabe, si falta teoría es preciso fabricarla; y no hay otro modo de hacerlo que por el camino de la inducción, aunque también por el de la imaginación. En este ámbito de reflexión no tengo otro remedio que reivindicar a Stevens, compensando los cargos que antes he hecho contra él. Efectivamente, él parece creer también que la ausencia de teoría se disimula bajo diversos disfraces y, uno de ellos, es el del ídolo de la matemática sobre cuya adoración hay suculentos párrafos en “Psicología en crisis”. Y profiere este exabrupto que yo pondría en el frontispicio de todas las facultades de ciencias sociales:

En las ciencias del comportamiento, en las que la capacidad de captar el absurdo está menos afilada que en las ciencias físicas, se debe mantener una especial vigilancia contra la aceptación de teorías defectuosas simplemente porque nos muestran un visado matemático. El absurdo vestido matemáticamente puede parecer más seductor que cuando no lo está (Stevens, 1968).

El experimento

Abordo a continuación el apartado de la experimentación. Tampoco el diseño experimental se ha librado de sospechas en la segunda mitad del siglo XX, sospechas levantadas, una vez más, de entre la propias filas experimentales. De nuevo no puedo hacer otra cosa que remitirme a los clásicos. La obra de Stanley, Cook y, sobre todo, Campbell (por cierto, este último también parcialmente responsable del enfoque vaganótico de la medida) puede interpretarse como un inaplazable, en su momento, saneamiento de la metodología experimental aplicada a situaciones de campo con déficit de control y/o manipulación. Su revisión (1966, 1979) no atenta contra las estrategias fisherianas, sino contra su mal uso en determinados contextos. Más corrosivo es el trabajo de Rosenthal (1966), que nos advierte sobre las amenazas que acechan el ritual social del experimento y sobre los hilos invisibles que unen experimentador y sujetos. Con todo, según mi punto de vista, la trayectoria crítica más interesante en el campo de la experimentación es la que arranca de Egon Brunswick (1952) y es después recorrida también, paralelamente al caso de la medida, por neoconductistas e investigadores de campo (perdonadme que me autocite por razones de economía del esfuerzo: Riba, 1991). En este trayecto las diatribas apuntaron tanto a la comparación de medias como a la falta de validez externa, y lo hicieron de manera persistente, aunque con poco éxito, hasta llegar a la calma chicha en la que ahora estamos sumergidos. Por un lado se señalaba que, tanto la supresión de la variación interindividual (uso de parámetros de tendencia central de grupo) como de la intraindividual (abuso de datos transversales o

puntuales, falta de seguimiento), violentaban no sólo el sentido común metodológico, sino que despertaban fundadas inquietudes de orden ético en la vertiente de aplicación de los resultados, al descuidar la diversidad; por otro lado, se recordaba algo tan sabido como que «el simple acto de llevar una variable al laboratorio ya suele cambiar su naturaleza» (Chapanis, 1967). De nuevo nos remitimos a las palabras de Thom, de claridad suprema:

No cabe duda de que el método experimental ha favorecido en amplia medida esta disociación de los fenómenos: para describir los fenómenos parece cómodo disociarlos, aislarlos. Hay que ser capaz de disponer de una situación que sea repetible, reproducible y en la medida en que se requiere una situación reproducible, hay, evidentemente, que «recortarla». Pero en mi opinión esto de recortar las cosas es una considerable mutilación de la realidad, sobre todo en biología. En física, de hecho, se puede sostener, y no sin razón, que muchos fenómenos están disociados por sí mismos o vinculados de una manera muy laxa: la gravitación y el electromagnetismo, por ejemplo, están vinculados muy débilmente: en biología, por el contrario, los fenómenos están más relacionados y las disociaciones son siempre algo muy artificial (Thom, 1985, p. 114).

Si ese balance es correcto aplicado a la biología, ¿cuál no será su validez en psicología, donde parece que la interrelación de los fenómenos todavía dificulta más su aislamiento? De ahí la preocupación por la validez ecológica que innegablemente ha favorecido a parte de la investigación experimental en psicología, pero no a toda.

A la luz de las anteriores consideraciones podría realizarse una lectura de “Psicología en crisis” en la que su autor aparezca como un paladín de los diseños intrasujeto, del estudio de casos y de la aproximación idiográfica, pues creo que son éstas las alternativas al binomio Popper-Fisher. Pero no tenemos derecho a hacer esta atribución: el autor no da este paso o yo no lo he sabido ver.

Ciencias naturales y sociales

A partir de este punto me propongo dar un golpe de timón y modificar la intención de mi comentario. Hasta ahora he tratado simplemente, con mayor o peor fortuna, de escarbar en los intersticios que me ha parecido hallar en el texto, según mi particular mirada, rellenándolos a mi gusto (intersticios que el autor tenía perfecto derecho a dejar, puesto que un ensayo llega hasta donde uno quiere y pasa por donde a uno le apetece; otra cosa es que también el lector tiene sus derechos y, entre ellos, está el de enmendarle la plana al autor). En cambio, a partir de ahora, me voy a permitir, no rellenar, sino extender el análisis en alguna dirección por la que Delgado parece no haber querido transitar, aunque sí marca la línea de salida. El punto de origen de esta dirección está en una de las oposiciones que él considera «no resueltas o probablemente insolubles», a saber, la oposición entre ciencia natural y social. La solución que aventura, ciertamente sin demasiado convencimiento, consiste en adjudicar a una parte de lo que llamamos psicología el carácter de ciencia natural (la psicología “de laboratorio”, que estudiaría la activación sexual, por ejemplo) y, a

la otra, el carácter de ciencia social (en mis términos correspondería a la psicología “de campo”, que estudiaría comportamientos como los de cortejo, pongamos por caso). Pero este reparto, aparentemente ecuánime y razonable, y con el que en principio yo estaría de acuerdo, elude cuestiones dramáticas: por ejemplo, ¿qué es después de todo una ciencia social? o, también, ¿dónde está entonces la unidad de la psicología, si es que debe estar en algún lugar, más allá de los intereses corporativos?

En el texto estos interrogantes no acaban de tomar cuerpo y el autor enseguida reconoce su sesgo, fijando con gratificante sinceridad el objetivo de acercar la psicología a las ciencias naturales. ¿Toda la psicología? Aquí, de la misma manera que Delgado explica su sesgo, yo explicaré el mío que, en el ámbito de esta oposición, es de signo contrario. Mi argumento, de imposible desarrollo en estas líneas (me remito a Riba, 2004) examina la posibilidad de existencia de una disciplina de conocimiento, sistemática y rigurosa, que tiene como objetos de estudio generales la mente y el comportamiento de los seres vivos, y de los humanos en particular; y que al tratar de acceder a los mismos se encuentra ante diferencias estructurales y funcionales con respecto a los rasgos de los objetos de estudio de las ciencias naturales. Admitidas estas diferencias (enseguida hablaré algo más de ellas) y dadas las condiciones especiales que impondrían a la investigación, tales disciplinas podrían clasificarse como ciencias si la actividad de conocer inherente a ellas se definiera dentro de unos criterios de cientificidad y de unas coordenadas epistemológicas más amplias que las del positivismo o el experimentalismo más cerril. Insisto: no más laxas, sino más amplias o comprensivas. De lo contrario quedarían lógicamente fuera de “lo científico” y podrían perfectamente no ser ciencias. Esto no crearía demasiados problemas en lo que se refiere al conocimiento en sí mismo (éste continuaría existiendo, produciéndose), pero sí trastornos diversos en el terreno de lo sindical, lo académico o lo jurídico. A una escala tan grande como la que estamos manejando sigue siendo cierto aquello de que, a objetos de estudios distintos, métodos distintos y, a menudo, perspectivas epistemológicas igualmente poco coincidentes.

El núcleo de un argumento como éste descansa, por lo tanto, en la apreciación de esas diferencias de las que hablaba, las cuales, por cierto, tienen algo que ver con el nivel de análisis elegido. Todo el mundo sabe que entre una piedra y una estrella de mar se abren diferencias abismales, pero es que entre una estrella de mar y un niño/a hay un océano existencial. Si consideramos al niño/a como un organismo, no se justifica un estatuto distinto para la psicología en tanto que disciplina social. Si lo consideramos como un sujeto, entonces debe ser estudiado en el seno de una psicología de los sujetos y hace falta un nuevo código de cientificidad, de modo que el cisma entre una psicología de los sujetos y una de los organismos parece inevitable. Este planteamiento es tan sencillo como viejo el conflicto que provoca y que nunca ha sido abordado con valentía en el mundo académico. Suele parecer demasiado “filosófico” y no debemos olvidar esa tradicional descalificación de los filósofos por parte de los científicos, que se remonta a Descartes. A propósito de este último, comentando las teorías sobre el reflejo durante el siglo XVII, dice con sorna

Canguilhem: «Es cierto que se trata de un filósofo, es decir, a juicio de los científicos, de un retrasado» (1975, p. 174). La cuestión es que, desgraciadamente, la fractura entre las ciencias de los organismos y las de los sujetos no ha promovido un debate honesto y serio; al contrario, las líneas más gruesas de sus grietas han sido maquilladas y atenuadas durante años sobre el fondo de la tópica, doctrinaria y superficial epistemología bungiana.

Normalmente, son los que se ubican en una psicología de los sujetos los que deben defenderse. Son llamados humanistas, casi siempre en tono suavemente burlón o despectivo, y a menudo encuentran serias dificultades para adaptarse a la escala de méritos de investigación y publicaciones que la universidad reclama. Sin embargo, la justificación de una psicología de este tipo, más aún, la imposibilidad de que pueda compartir un espacio epistemológico común con la “otra” psicología, obedece a razones que poseen un poder de convicción para mí definitivo. Los sujetos, como es sabido, sufren eso que llamamos *subjetividad*, que es una vertiente de la realidad jamás contemplada por el positivismo, al menos en el sentido que aquí doy al término: el de aquella porción del mundo accesible al individuo observado pero inaccesible a cualquier otro y, particularmente, a un observador externo. Por supuesto, cuando Delgado asocia subjetivismo a operacionalismo no creo que esté otorgando la misma significación a este término.

La distorsión que induce la subjetividad (en el sentido nuestro) en los planteamientos positivistas es enorme. Sí: los sujetos, *hablan*, opinan, describen, interpretan, evalúan y valoran, desde su punto de vista, y tanto si son científicos como si no lo son.

¿Es ésta una diferencia banal? ¿Qué hacer con estas palabras, estos juicios, estos significados que produce el sujeto? Muchos de ellos conciernen al propio tema de estudio elegido por el investigador. Es comprensible que sean rechazados o ignorados sin excepción por una ciencia que, durante sus primeros siglos de existencia, sólo tuvo que ocuparse de astros, minerales, líquidos, gases, plantas o –incluso– animales, ninguno de los cuales es capaz de *dar activamente información sobre sí mismo mediante lenguaje proposicional*. Pero ya no es tan comprensible que una ciencia que pretenda entender a *Homo sapiens sapiens* prescindiera de ellos.

¿Cómo renovar el culto a la objetividad y al operacionalismo cuando sus oficiantes o sus meros feligreses deben encararse a *objetos de estudio que son sujetos de estudio*, que pueden dar su propia versión de la realidad e infiltrar sus verdades y mentiras entre los datos verdaderos o falsos del científico? No es éste el lugar de defender, como Morin (1983), que la noción de sujeto es en el fondo biológica y que no sólo es aplicable al ser humano. Nos limitamos a defender que el hecho de que la interacción entre observador científico y observado sea potencialmente comunicativa constituye el punto de toque fundamental para distinguir una ciencia natural de una social. Porque tiene consecuencias metodológicas nada triviales, como la de que el error ya no sólo se genera en el observador o en el instrumento de registro o medida, sino también en la propia entidad observada, que es capaz de mentir, simular o equivocarse y, por si fuera

poco, no regula su comportamiento en el contexto de la investigación por el mismo código deontológico que, supuestamente, regula la actuación del científico.

O tenemos en cuenta la información procedente del sujeto, o no la consideramos para nada. O la incorporamos al corpus de datos que analizamos, o no lo hacemos. En el primer caso no sólo se impone una óptica epistemológica distinta al segundo, sino también una óptica de poder. La interacción de un psicólogo con una persona no es de la misma clase que la interacción de un físico cuántico con una partícula subatómica (aunque tiene puntos coincidentes). La persona puede autodescribirse y autointerpretarse, y aunque no debemos creernos a pie juntillas lo que nos dice, el no tomarlo en consideración supone una decisión de enorme trascendencia, no sólo científica sino también social. Por eso la simple utilización de un instrumento tan precario como una encuesta ya nos sitúa automáticamente en otra galaxia epistemológica. ¡Qué decir a este respecto de otras técnicas de registro como la entrevista en profundidad!

Se han aducido otras razones para argumentar que, al menos una parte de la psicología, requiere un estatuto científico distinto, al igual que otras ciencias sociales: por ejemplo, se ha hablado de las fuentes y dimensiones de variabilidad que irrumpen en los datos psicológicos y que las ciencias naturales no deben afrontar, o no deben afrontar en la misma medida. Y, en continuidad con ello, se ha gastado mucha tinta para convencer a los incrédulos de que las ciencias sociales deben amoldarse a un paradigma de complejidad que no se nutre precisamente de la reducción experimental.

¿Hemos de acercar, pues, las ciencias sociales a las naturales? Creo que las llamadas metodologías cualitativas, cuando se desarrollan con rigor y coherencia y respetan exigencias básicas, como la de que una ciencia no puede prescindir de la medida y del consenso entre iguales, ayudan a legitimar el no a esa pregunta y desvirtúan la calificación de ciencias deshonestas lanzada contra prácticas como la etnometodológica, la etnográfica, la investigación-acción, etc. De cualquier modo, muchos nos sentiríamos más tranquilos si este debate –como otros igual de trascendentes– estuviera vivo en nuestras universidades, por lo común más proclives a seguir los surcos ya arados desde tiempos inmemoriales y mucho menos a cultivar campos aún sin roturar, los cuales piden una mayor inversión de esfuerzo, tiempo y dinero y la devuelven a muy largo plazo en el mejor de los casos. Y además este trabajo y este riesgo no figuran entre las urgencias que movilizan al psicólogo académico; esta demanda no es visible en el tablero de anuncios, instrucciones y órdenes que, hoy por hoy, orienta y conduce nuestra actividad hacia metas, si no invisibles, sí bastante nebulosas.

Finale: allegro ma non troppo e elegia

Estoy, pues, también lleno de desconcierto, como parece estarlo el autor de “Psicología en crisis”, en parte por las mismas razones, en parte por otras distintas. La verdad es que con bastante frecuencia los psicólogos medimos a palmos, que una buena parte de nuestros experimentos son tan artificiales que pierden totalmente el contacto con la realidad individual, cultural y cotidiana,

y que –encima– nuestro objeto de estudio es un sujeto. En esta situación vale la pena arriesgarse a hacer un ejercicio de imaginación que puede servir de cura de humildad y para recuperar el buen sentido. Consiste en tratar de adivinar qué dirán de nosotros los historiadores y comentaristas de la ciencia dentro de trescientos años. ¿Serán benevolentemente paternos como lo somos ahora al juzgar la medicina o la biología del siglo XVII? ¿O se nos verá, por el contrario, con más severidad, de un modo parecido a como vemos actualmente a la Iglesia cuando defendía sectariamente el sistema ptolemaico?

Afortunadamente somos mortales y no llegaremos a saberlo. Pero acaso meditando sobre ello abriremos más nuestra mente y nuestro corazón a la auto-crítica. No es fácil. Ya casi nadie, ni en la universidad ni fuera de ella, es lo bastante ingenuo para creer, o lo bastante cínico para proclamar públicamente, que la ciencia se hace por amor al conocimiento o en beneficio de la humanidad. La masa de ese inmenso planeta que llamamos investigación, con su sol doble de la rentabilidad económica (cuando no la ganancia, pura y dura) y la promoción personal o institucional, ha crecido tanto que su movimiento ya es imparable. En la ecuación donde calculamos su inercia entran las vías de financiación, la gestión de recursos humanos y de tecnología, la contabilidad, la fachada publicitaria, las leyes implacables de la burocracia administrativa, pero no la creatividad, la originalidad, la reflexión. Por eso el trabajo del investigador se mide también a palmos, mediante un índice elemental menos relacionado con su trabajo que con las revistas en las que publica.

El sistema tiene mucha inercia. No puede detenerse ni reducir velocidad. Y es obvio que quien se pare formando parte de él, para poder pensar un poco, corre el riesgo de ser marginado, incomprendido, arrollado o expulsado de su seno.

REFERENCIAS

- Barker, R. (1968). *Ecological Psychology*. Stanford (Cal.): Stanford University Press.
- Brunswik, E. (1952). *The Conceptual Framework of Psychology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Campbell, D.T. y Stanley, J.C. (1966). *Experimental and Quasi-Experimental Designs for Research*. Chicago: Rand McNally.
- Canguilhem, G. (1975). *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*. Barcelona: Avance.
- Cone, J.D. (1981). Psychometric Considerations. En M. Hersen y A. S. Bellack (Eds.), *Behavioral Assessment. A Practical Handbook*, pp. 36 - 68. New York: Pergamon (2nd edition).
- Cook, T. D. y Campbell, D. T. (1979). *Quasi-Experimentation. Design and Analysis Issues for Field settings*. Boston: Houghton Mifflin.
- Chapanis, A. (1967). The relevance of laboratory studies to practical situations. *Ergonomics*, 10, 557 - 577.
- Fassnacht, G. (1982). *Theory and Practice of Observing Behaviour*. New York: Academic Press.
- Johnston, J.M. y Pennypacker, H.S. (1980). *Strategies and Tactics of Human Behavioral Research*. Hillsdale (N.J.): Erlbaum.
- Morin, E. (1983). *La vida de la vida*. Madrid: Cátedra.
- Riba, C. (1991). El método observacional. Decisiones básicas y objetivos. En T. Anguera (Ed.), *Metodología Observacional en la Investigación Psicológica. Vol. 1, Fundamentación (1)* (pp. 29-114). Barcelona: PPU.
- Riba, C. (2004). *Metodología y técnicas de investigación social*. Universitat Oberta de Catalunya. Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya. Texto en html i pdf.
- Rosenthal, R. (1966). *Experimenter Effects in Behavioral Research*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Stevens, S.S. (1968). Measurement, statistics and the schemapiric view. *Science*, 161, 849-856.
- Thom, R. (1985). *Parábolas y catástrofes*. Barcelona: Tusquets.